denales, y en presencia de reyes, barones, maestros y doctores, los dejaba a todos estupefactos con la sabiduría de las palabras y la profundidad de las sentencias que decía.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO L

Cómo, diciendo Misa fray Juan con mucho afecto en sufragio de las ánimas, le mostró Dios que muchas se iban a la gloria por aquella Misa

Diciendo una vez la Misa por las ánimas el referido fray Juan el día de los fieles difuntos, según tiene dispuesto la Iglesia, ofreció con tanto afecto de caridad, piedad y compasión este altísimo sacrificio (que por su eficacia desean las almas de los difuntos, más que cuantos otros sufragios se les puedan hacer) que parecía derretirse del todo con la dulzura de la piedad y caridad fraterna.

Y al elevar devotamente el cuerpo de Cristo, ofreciéndolo al Padre y rogándole que, por amor de su bendito Hijo, que para rescatar los pecadores había estado en la Cruz, se dignase librar de sus penas a las almas por él criadas y redimidas, vio en el mismo acto salir del purgatorio casi infinitas, cual de un horno encendido, innumerables chispas de fuego; y las vio subir al cielo por los méritos de la pasión de Cristo, el cual todos los días se ofrece por vivos y muertos en aquella sacratísima Hostia, digna de ser adorada por los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO LI

Cómo, orando fray Juan por un fraile enfermo, le fue revelado que moriría e iría al cielo, y se lo anunció

Cuando fray Santiago de Fallerone, hombre de grande santidad, estaba gravemente enfermo en el convento de Mogliano de la custodia de Fermo, oyendo su enfermedad fray Juan de Alvernia, que entonces vivía en el convento de la Massa y lo amaba como a su caro Padre, hizo oración por él, pidiendo a Dios, mentalmente con mucha devoción, que le diese la salud corporal, si le había de convenir para el alma.

Estando en esta oración, fue arrebatado en éxtasis y vio en el aire, sobre la celda de fray Santiago, la cual estaba en el bosque, un grande ejército de muchos ángeles y santos con tanto resplandor que todo el país circundante iluminaba, y vio que entre estos ángeles estaba, con vestiduras blancas y todo resplandeciente, el dicho enfermo fray Santiago, por quien oraba. Vio también entre ellos al Padre San Francisco, adornado con las sagradas llagas de Cristo y con mucha gloria. Vio, además, y conoció al santo fray Lúcido y a fray Mateo de Monte Rubiano y a muchos otros frailes

que no había visto ni conocido nunca en esta vida.

Y mirando fray Juan con gran placer aquel bienaventurado escuadrón de santos, le fue revelada con certeza la salvación del alma del enfermo, y que moriría de aquella enfermedad; pero que no iría inmediatamente al paraíso, sino que debería purificarse un poco en el purgatorio. Fue tanta la alegría que esta revelación causó a fray Juan por la salvación de aquella alma, que nada se le daba por la muerte del cuerpo; antes con grande dulzura de espíritu llamaba entre sí al enfermo y repetía:

—¡Fray Santiago, mi dulce Padre; fray Santiago, dulce hermano mío; fray Santiago, fidelísimo siervo de Dios; fray Santiago, compañero de los ángeles y consorte de los bienaventurados!

Cuando volvió en sí con esta certeza y gozo, marchó a Mogliano a visitar a fray Santiago y, hallándolo tan grave que apenas podía hablar, le anunció la muerte del cuerpo y la salvación y gloria del alma con la certeza que le había dado la revelación divina. Por lo que, muy regocijado el enfermo en su espíritu y reviviendo en el semblante, lo recibió con mucha alegría y placidísima sonrisa y le dio las gracias por las buenas nuevas que le traía, encomendándose devotamente a sus oraciones.

Entonces fray Juan le rogó encarecidamente que, después de la muerte, viniese a darle cuenta de su estado; y él le prometió que lo haría, si era del agrado de Dios. Dicho esto, y acercándosele la hora de la muerte, comenzó fray Santiago aquel versículo del salmo: "En paz y en vida eterna dormiré y des-

cansaré" (1) y, al terminarlo, pasó de esta vida con alegre y gozoso semblante.

Después que le dieron sepultura, fray Juan se volvió al convento de la Massa y esperaba que fray Santiago se le apareciese el día prometido. Mas, estando él en oración dicho día, se le apareció Cristo con grande acompañamiento de ángeles y santos, y no venía entre ellos fray Santiago, de lo cual se maravilló mucho fray Juan y lo encomendó devotamente a Cristo. El día siguiente, orando fray Juan en el bosque, se le apareció fray Santiago acompañado de ángeles, todo glorioso y alegre; y fray Juan le dijo:

–¡Ay, padre santo! ¿Por qué no has venido el día que me prometiste?

–Porque necesitaba alguna expiación –respondió fray Santiago–, pero en la misma hora que Cristo te apareció, y me encomendaste a El, te oyó y me libró del purgatorio. Entonces me aparecí a fray Santiago de la Massa, santo lego que, ayudando a Misa, vio la Hostia consagrada, al elevarla el sacerdote, convertida y mudada en un niño vivo hermosísimo, y le dije: "Hoy me voy con aquel niño al reino de la vida eterna, a la que nadie puede ir sin él."

Dicho esto, fray Santiago desapareció y se fue al cielo con toda aquella bienaventurada compañía de ángeles, y fray Juan quedó muy consolado.

Murió el dicho fray Santiago de Fallerone por el mes de julio (2), la vigilia del apóstol Santiago, en el

---

(1) El texto latino pone una *o* en cada respiración del moribundo: *O in pace, o in idipsum, o dormiam o et requiescam.*

(2) El día 24 de julio.

referido convento de Mogliano; en el cual, después de muerto y por sus méritos, la divina bondad obró milagros. En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO LII

Cómo fray Juan de Alvernia fue arrebatado en Dios y del admirable conocimiento que le queda en el alma

Como el dicho fray Juan de Alvernia había renunciado perfectamente a toda complacencia y consuelo temporal y mundano, y todo su regalo y esperanza había puesto en Dios, la divina bondad lo favorecía con maravillosos consuelos y revelaciones, especialmente en las fiestas de Cristo.

Acercándose una vez la de Navidad, en que esperaba de cierto recibir consuelos de la dulce humanidad de Jesús, le encendió el Espíritu Santo en el alma tan grande y excesivo amor y fervor de aquella caridad con que Cristo se había humillado a tomar nuestra naturaleza, que verdaderamente le parecía que el alma se le salía del cuerpo y que ardía como un horno. Y no pudiendo sufrir este ardor, se angustiaba y derretía todo, y gritaba con fuerza sin poder reprimirse a causa del ímpetu del Espíritu Santo y del excesivo fervor del amor.

Cuando le venía este desmedido fervor, sentía tan firme y segura esperanza de su salvación, que de nin-

guna manera podía creer que, si entonces muriese, hubiese de pasar por el purgatorio, y le duró esto más de medio año; aunque aquel excesivo fervor no era continuo, sino que le venía a ciertas horas del día. En este tiempo, y también después, recibió muchas y maravillosas visitas y consuelos divinos, y bastantes veces era arrebatado en Dios, como lo vio el fraile que por primera vez escribió estas cosas.

Entre otras ocasiones, una noche quedó tan elevado y arrebatado en Dios, que vio en El el principio de todas las cosas creadas, celestiales y terrenas, con todas sus perfecciones, grados y órdenes distintos. Entonces conoció claramente cómo todo ser creado representa a su Creador, y cómo Dios está sobre todas las cosas creadas y dentro y fuera y al lado de cada una de ellas. Conoció, además, un Dios en tres personas y tres personas en un Dios; y la infinita caridad que hizo al Hijo de Dios encarnarse, obedeciendo al Padre. Finalmente, conoció cómo, para llegar a poseer a Dios y alcanzar la vida eterna, no hay otro camino que Cristo, que es camino, verdad y vida del alma. Amén.

CAPITULO LIII

Cómo fray Juan tuvo un admirable fervor, y se quedó en éxtasis, al consagrar el cuerpo de Cristo

En el dicho convento de Mogliano le sucedió a fray Juan, según lo refieren los frailes que estaban presentes, este caso admirable.

La primera noche después de la octava de San Lorenzo, dentro de la octava de la Asunción de Nuestra Señora, después de rezar Maitines en la iglesia con los otros frailes, sobreviniéndole la unción de la divina gracia, se fue al huerto a contemplar la pasión de Cristo y prepararse con toda devoción para celebrar la Misa, que le tocaba cantar a la mañana.

Y meditando en las palabras de la consagración del cuerpo de Cristo, a saber, *Hoc est corpus meum*, al considerar la infinita caridad con que Cristo no sólo quiso rescatar nuestras almas con su preciosa sangre, sino también dejarles por alimento su dignísimo cuerpo y sangre, comenzó a crecerle tanto el fervor y la suavidad del amor del dulce Jesús, que ya el alma no podía soportar más tanta dulzura y prorrumpía en fuertes gritos, como ebrio de espíritu y no cesaba de

repetir para sí: *Hoc est corpus meum;* porque pronunciando estas palabras, le parecía ver a Cristo bendito con la Virgen María y multitud de ángeles, y se sentía iluminado por el Espíritu Santo en todos los profundos y altos misterios de aquel Santísimo Sacramento.

Al despuntar la aurora, entró en la iglesia con aquel fervor de espíritu y con aquella ansiedad y modo de pronunciar, no pensando ser visto ni oído de nadie: pero estaba allí cerca, en oración, algún fraile que veía y oía todo. No pudiendo contener el fervor por la abundancia de la divina gracia, seguía desahogándolo a voces; y así estuvo hasta que llegó la hora de la Misa. Entonces fue a revestirse y salió al altar.

Comenzaba la Misa, cuanto más proseguía en ella, más le aumentaba el amor de Cristo y aquel fervor de devoción, con el cual le venía un sentimiento inefable de Dios, que él mismo no sabía ni podía expresar con palabras. Temiendo que este fervor y sentimiento le creciese tanto que le impidiese continuar el santo sacrificio, estuvo muy perplejo y no sabía qué partido tomar: si proseguir la Misa o detenerse y esperar. Pero, como otras veces le había sucedido lo mismo y le había moderado Dios aquel fervor de modo que no tuvo que dejar la Misa, confió que también esta vez podría terminarla, y aunque con gran temor, prosiguió celebrando.

Al llegar al prefacio de nuestra Señora, dio en crecerle tanto la divina ilustración y la suavidad y gracia del amor de Dios que, cuando comenzó el *Qui pridie,* apenas podía soportar tanta suavidad y dulzura. Finalmente, en el acto de la consagración, habiendo dicho sobre la hostia la mitad de las palabras:

Hoc est, no podía de ningun modo proseguir y repetía siempre las mismas palabras: *Hoc est.* Y el no poder continuar era porque veía y sentía él la presencia de Cristo con multitud de ángeles y no podía soportar tan grande majestad; y veía que Cristo no entraba en la hostia o que la hostia no se trasmudaba en el cuerpo de Cristo, si él no pronunciaba la otra mitad de las palabras: *Corpus meum.*

Y estando con esta ansiedad sin proseguir adelante, el Guardián y los otros frailes y aun muchos seglares, que se hallaban en la iglesia oyendo Misa, se acercaron al altar y estaban asombrados viendo los actos de fray Juan; y muchos lloraban de devoción.

Por fin, después de largo espacio, cuando plugo a Dios, dijo fray Juan en voz alta: *Corpus meum;* y, repentinamente, se desvaneció en la hostia la forma del pan y apareció Cristo bendito, encarnado y glorificado, mostrándole la humildad y caridad que le hizo encarnarse en la Virgen María y le hace venir todos los días a las manos del sacerdote, cuando consagra; con lo cual se sintió levantado todavía a mayor dulzura de contemplación. Después de la elevación de la hostia y consagración del cáliz, fue arrebatado fuera de sí; el alma quedó privada de los sentidos y el cuerpo cayó hacia atrás y hubiese venido al suelo a no sostenerlo el Guardián, que estaba detrás. Acudieron los frailes y los seglares que había en la iglesia, y hombres y mujeres lo llevaron a la sacristía como muerto; estaba frío como un cadáver y tenía los dedos de las manos tan fuertemente contraídos que apenas se le podían extender o mover un poco. Estuvo así desmayado, o sea en éxtasis, hasta la hora de Tercia, y era por

el verano.

Y como yo, que me hallaba presente a esto, deseaba saber lo que Dios había obrado en él, inmediatamente que volvió en sí fui a rogarle que, por amor de Dios, me lo dijese todo; él tenía mucha confianza conmigo y me lo refirió todo por orden. Entre otras cosas me dijo que, cuando vio el cuerpo y la sangre de Jesucristo y aun antes, su corazón estaba derretido como cera muy caliente y le parecía que su carne no tenía huesos, de modo que casi no podía levantar los brazos ni las manos para hacer la cruz sobre la hostia y sobre el cáliz. También me dijo que, antes de ordenarse, le había revelado Dios que había de desmayarse diciendo Misa, pero, como ya había celebrado muchas y no le había sucedido, pensaba que la revelación no sería de Dios. Y unos cincuenta días antes de la Asunción de la Virgen, en la que le sucedió dicho caso, también le había revelado Dios que le acaecería alrededor de la fiesta de la Asunción; pero después no se acordaba de esta revelación (1).

En alabanza de Cristo. Amén.

---

(1) El culto del beato Juan de Alvernia fue aprobado por León XIII. La Orden de Menores reza de él a 9 de agosto.

SEGUNDA PARTE

CONSIDERACIONES SOBRE LAS LLAGAS

En esta parte consideraremos devotamente las gloriosas Llagas de nuestro bienaventurado Padre San Francisco, que las recibió de Cristo en el santo monte Alvernia.

Puesto que las dichas Llagas fueron cinco, como las de Cristo, se dividirá este tratado en cinco consideraciones:

La primera, del modo cómo San Francisco llegó al santo monte Alvernia.

La segunda, de la vida y conversación que allí tuvo con sus compañeros.

La tercera, de la aparición seráfica e impresión de las Llagas.

La cuarta, cómo bajó del monte Alvernia después de recibir las Llagas, y volvió a Santa María de los Angeles.

La quinta, de varias apariciones y revelaciones divinas hechas después de la muerte de San Francisco a frailes santos y a otras devotas y santas personas, acerca de las gloriosas Llagas.

CONSIDERACION I

Del modo cómo San Francisco llegó al santo monte Alvernia

En cuanto a la primera consideración, se ha de saber que, teniendo San Francisco cuarenta y tres años de edad, en el de mil doscientos veinticuatro (1), inspirado por Dios, salió del valle de Espoleto para ir a la Romagna con su compañero fray León; y pasando al pie del castillo de Monte Feltro, en ocasión que había allí un gran convite y cortejo por armarse caballero uno de aquellos condes, oyó hablar de la fiesta y de la concurrencia de muchos nobles y dijo a fray León:

—Vamos a esta fiesta; que con la ayuda de Dios hemos de hacer algún fruto espiritual.

Entre otros caballeros había concurrido un gentilhombre de la Toscana, llamado Orlando de Chiusi de Casentino, el cual, por las maravillas que había oído de la santidad de San Francisco, le tenía mucha de-

(1) No es admisible esta fecha. San Francisco pasó por el castillo de Monte Feltro el año 1213 y subió al Monte Alvernia el 1214.

vocíón, y deseaba muchísimo verlo y oírle predicar.

Entró San Francisco en el pueblo y se fue a la plaza donde estaba reunida toda la multitud de caballeros, y con fervor de espíritu subió sobre un montón de piedras (1) y comenzó a predicar poniendo por tema este dicho vulgar: *Tanto es el bien que espero que en las penas me deleito;* e inspirado por el Espíritu Santo, predicó tan devota y profundamente, probando este tema con diferentes penas y suplicios de los santos Apóstoles y mártires, las duras penitencias de los santos confesores y las muchas tribulaciones y tentaciones de las vírgenes y de otros santos, que toda la gente estaba con la atención y la mirada fija en él, escuchándole como a un ángel de Dios. Oyendo el caballero Orlando la maravillosa predicación de San Francisco, se sintió tocado por Dios en su corazón y resolvió arreglar con el Santo los asuntos de su alma. Por lo cual lo llamó aparte, luego que acabó de predicar, y le dijo:

—Padre, yo quisiera ordenar contigo el negocio de mi alma.

—Me agrada mucho —respondió San Francisco—; pero vete ahora y cumple con tus amigos que te han convidado a esta fiesta, come con ellos y después hablaremos cuanto quieras.

Fuese, pues, a comer el caballero Orlando, y después de la comida volvió a buscar a San Francisco y

(1) No queda ninguna huella del poyo, ni del olmo bajo cuya sombra, según la tradición, predicó San Francisco. Desaparecieron en 1662, pero en el escudo de la ciudad siempre se ha representado a San Francisco en actitud de predicar bajo el olmo.

ordenó y arregló con él sosegadamente los asuntos de su alma. Al último dijo a San Francisco:

–Tengo en la Toscana un monte devotísimo, llamado Alvernia, muy solitario y selvático, y muy bueno para el que quiera hacer penitencia en lugar retirado o vivir en soledad; si te gustase, te lo daré de buena gana para ti y tus compañeros por la salud de mi alma.

Al oír San Francisco tan generoso ofrecimiento de lo que él deseaba mucho, sintió grandísima alegría, y alabando y dando gracias primero a Dios y después al caballero Orlando, le dijo:

–Cuando estés de vuelta en tu casa, te enviaré dos compañeros míos, y les mostrarás el monte; y si les parece bueno para la oración y la penitencia, desde ahora acepto tu ofrecimiento caritativo.

Dicho esto, partió el Santo, y cuando hubo terminado su viaje, volvió a Santa María de los Angeles; y de igual modo Orlando, concluída la fiesta, regresó a su castillo, llamado Chiusi, distante del Alvernia una milla.

En llegando San Francisco a Santa María de los Angeles, envió dos compañeros a casa de Orlando, y éste los recibió con grandísima alegría y caridad. Para enseñarles el Alvernia envió con ellos más de cincuenta hombres armados, que los defendiesen de las fieras. Subieron al monte los frailes y, explorándolo bien, llegaron, por fin, a un paraje devoto y a propósito para la contemplación, en el cual había una pequeña llanura; escogieron este lugar para morada suya y de San Francisco y, ayudándoles los hombres armados que les acompañaban, hicieron una celdita con ramas de árboles. De esta manera aceptaron y

tomaron en nombre de Dios el monte Alvernia y el lugar o convento para los frailes, y se volvieron.

Al referirse a San Francisco cómo habían tomado aquel lugar sobre el monte Alvernia, y que era muy a propósito para la oración y contemplación, se alegró mucho y alabó a Dios y le dio gracias; después les dijo con semblante alegre:

–Hijos míos, se acerca nuestra cuaresma de San Miguel Arcángel; yo creo firmemente que es voluntad de Dios que la pasemos sobre el monte Alvernia que, por providencia divina, nos está preparado para que a honra y gloria de Dios, de su gloriosa Madre Virgen María y de los santos Angeles, haciendo nosotros penitencia, merezcamos santificar aquel bendito monte.

Tomó luego consigo a fray Maseo de Marignano, natural de Asís, hombre de mucha discreción y elocuencia; a fray Angel Tancredo de Asís (1), que era muy cortés y había sido caballero en el siglo, y a fray León, hombre de grande sencillez e inocencia, por lo que el Santo lo amaba mucho y casi todos sus secretos le revelaba. Con éstos se puso en oración y, encomendándose después a sí y a ellos a las oraciones de los que se quedaban, emprendió el viaje con los tres compañeros, en nombre de Jesucristo, hacia el monte Alvernia. Al salir, llamó a fray Maseo y le dijo:

–Tú, fray Maseo, serás nuestro Guardián y Prelado durante este viaje, mientras vayamos o estemos reunidos; y así observaremos nuestras costumbres, porque rezaremos el oficio o guardaremos silencio, y no he-

(1) *De Rieti* se lee en otras ediciones.

mos de pensar con anticipación en la comida ni en el albergue, sino que, llegando la hora de recogernos, pediremos de limosna un poco de pan y nos quedaremos a descansar donde Dios disponga.

Los tres compañeros inclinaron la cabeza y, haciéndose la señal de la cruz, siguieron adelante (1). La primera noche llegaron a un convento y se quedaron allí. La segunda, a causa del mal tiempo y el cansancio, no pudieron llegar a ningún convento ni a pueblo ni villa alguna y, uniéndose al mal tiempo la noche, hubieron de refugiarse en una iglesia abandonada y deshabitada, y allí se echaron a descansar.

Mientras dormían los compañeros, San Francisco se puso en oración, y ya bien entrada la noche, vino una multitud de ferocísimos demonios con grandísimo estruendo y algazara y comenzaron a combatirlo reciamente y darle guerra; uno lo pinchaba por aquí, otro por allí; quién lo tiraba al suelo, quién lo empujaba hacia arriba; éste lo amenazaba con una cosa, aquél le reprochaba otra; y por el estilo se industriaban de diversos modos para estorbarle la oración, pero no pudieron porque Dios estaba con él.

San Francisco, después de estarlos sufriendo largo espacio, comenzó a gritar con voz fuerte:

—Espíritus condenados, nada podéis vosotros, sino lo que el Señor os permite; os digo, de parte de Dios omnipotente que hagáis de mi cuerpo todo lo que El os consienta; lo sufro de buena gana, porque no tengo mayor enemigo y, si me vengáis de él, me hacéis gran-

(1) Este episodio es propio de la última visita de San Francisco a Alvernia, 1224, cuando recibió las sagradas Llagas.

dísimo servicio.

Entonces los demonios asieron de él con grande ímpetu y furor y lo arrastraron por la iglesia, causándole mucha más molestia y fastidio que antes. Y San Francisco comenzó a gritar y decir:

—Señor mío Jesucristo, yo te doy gracias por tanto amor y caridad como me muestras, porque señal es de grande amor que el Señor castigue bien a su siervo por todos los defectos en este mundo, para no castigarle en el otro. Dispuesto estoy, Señor, a sufrir alegremente cuantas penas y adversidades me quieras enviar por mis pecados.

Por fin, huyeron los demonios, confundidos y vencidos de tanta paciencia. Y San Francisco salió de la iglesia muy enfervorizado, entró en un bosque que estaba allí cerca y, puesto en oración, con súplicas y lágrimas e hiriéndose el pecho, llamaba a Cristo, el amado y esposo de su alma. Ya le hablaba reverentemente como a su Señor, ya le respondía como a su juez, ya le suplicaba como a Padre, ya conversaba con El como un amigo. Aquella noche y en aquel bosque, estando ya despiertos los compañeros y procurando escuchar y observar lo que hacía, lo vieron y oyeron rogar devotamente a la divina misericordia por los pecadores con llanto y a voces. Lo oyeron lamentar en alta voz la pasión de Cristo, como si la estuviese viendo corporalmente. Lo vieron por largo tiempo orando con los brazos en cruz, levantado de la tierra y rodeado de una nube resplandeciente. En estos santos ejercicios pasó sin dormir toda la noche. Y a la mañana, conociendo los compañeros que, por la fatiga y la falta de sueño, estaba muy débil y difí-

cilmente podría caminar a pie, fueron a casa de un pobre trabajador de aquel país y le pidieron por amor de Dios que les prestase su jumento para el Padre fray Francisco, que no podía caminar a pie. Al oír nombrar a fray Francisco, preguntó:

—¿Sois vosotros compañeros de aquel fray Francisco de Asís de quien se cuenta tanto bien?

Respondieron ellos que sí, y que para él venían a pedirle el asno. Entonces, el buen hombre aparejó el asno con mucha devoción y solicitud y él mismo se lo llevó a San Francisco y con grande reverencia le ayudó a subir encima.

Siguieron el viaje acompañándolos el labrador, que caminaba detrás de su asno, y cuando habían andado un trecho, dijo a San Francisco:

—Dime: ¿Eres tú fray Francisco de Asís?

Y respondiendo el Santo que sí, añadió el villano:

—Pues pon cuidado en ser tan bueno como la gente cree que eres, porque todos tienen gran fe en ti y por eso te advierto que no defraudes la esperanza de la gente.

Al oír San Francisco estabas palabras, no se desdeñó de ser amonestado por un rústico ni dijo para sí: "¡qué bestia es éste que me reprende!", como harían hoy muchos soberbios que llevan el hábito, sino que inmediatamente se echó a tierra, y arrodillándose delante de él, le besó los pies y le dio gracias con humildad, porque había tenido a bien avisarle tan caritativamente.

Muy movidos a devoción el labrador y los otros frailes, levantaron del suelo a San Francisco, lo pusieron sobre el asno y continuaron adelante. Cuando lle-

gaban poco más o menos a la mitad del monte, como el calor era grandísimo y la subida penosa, sintió el labrador muy ardiente sed, y tanto le atormentaba, que comenzó a gritar detrás de San Francisco:

– ¡Ay de mí, que me muero de sed! Si no hay algo que beber, desfalleceré inmediatamente.

San Francisco bajó del asno, se puso en oración y estuvo de rodillas con las manos levantadas al cielo hasta que supo por revelación que había sido oído. Entonces dijo al labrador:

–Corre presto a aquella piedra y hallarás agua fresca que acaba de hacer brotar allí Jesucristo, por su misericordia.

Y acudiendo al sitio que le mostraba, encontró una fuente bellísima que había salido de un peñasco muy duro en virtud de la oración de San Fracisco; y, habiendo bebido copiosamente, se sintió reconfortado. No cabe duda que la produjo Dios milagrosamente a ruegos del Santo, porque ni antes ni después se vio fuente de agua en aquel sitio ni otro manantial en grande espacio alrededor. Dieron gracias a Dios por el manifiesto milagro San Francisco, sus compañeros y el trabajador, y prosiguieron el viaje.

Al llegar al pie del peñasco mismo del Alvernia, quiso San Francisco descansar un poco bajo de una encina que había y aun hay en el camino. Desde allí se puso a mirar la disposición de aquel lugar y país, y en esto vino una gran multitud y variedad de pájaros y, cantando y batiendo las alas, mostraban todos grandísima fiesta y alegría, rodearon a San Francisco de modo que unos se le posaron en la cabeza, otros en las espaldas, otros en los brazos, algunos en el seno

y otros alrededor de los pies. Maravillábanse de esto los compañeros y el trabajador, y San Francisco decía, muy regocijado:

–Yo creo, hermanos carísimos, que a nuestro Señor Jesucristo le agrada que habitemos en este monte solitario; pues tanta alegría muestran por nuestra llegada nuestros hermanos y hermanas los pájaros.

Dicho esto se levantó, y, prosiguiendo el camino, llegaron finalmente al lugar que habían tomado antes sus compañeros.

En alabanza de Dios y de su santísimo Nombre. Amén.

CONSIDERACION II

De la conversación y vida de San Francisco en el monte Alvernia

En cuanto a la consideración segunda, o sea la vida que hizo San Francisco con sus compañeros en dicho monte, es de saber que, oyendo el caballero Orlando que San Francisco había subido con tres compañeros para habitar el Alvernia (1), se alegró muchísimo y, al día siguiente, fue a visitarlo con muchos de su castillo, llevándole pan y otros manjares para él y sus compañeros.

Cuando llegó arriba, lo halló en oración y se acercó a saludarlo. El Santo se levantó y lo recibió con grandísima caridad y alegría a él y a los que le acompañaban. Después se pusieron a conversar juntos y, al con-

---

(1) Francisco, en su primera visita, pasó por Caprese y Chiusi y, según la tradición, se detuvo en el castillo del conde Orlando, donde, o antes o después, ciertamente se hospedó. En Alvernia se conservan aún el vaso y la escudilla que usó San Francisco en la mesa del conde y que, juntamente con el mantel, fueron regalados por sus hijos al convento, el año 1274.

cluir, le dio San Francisco las gracias por el monte, tan apto para inspirar devoción, que les había dado y por su venida a visitarles, y le rogó que le hiciese construir una celdita pobre al pie de una haya bellísima distante como un tiro de piedra de la habitación que habían hecho los frailes, porque le parecía lugar muy devoto y a propósito para la oración. Orlando la mandó hacer; y, luego, como se acercaba la noche y era hora de partir. San Francisco les predicó un poco y les dio la bendición. Al marcharse Orlando, llamó aparte a San Francisco y sus compañeros y les dijo:

–Hermanos míos carísimos, no es mi intención que en este monte agreste paséis necesidad y no podáis aplicaros a las cosas espirituales. Por eso quiero, y lo digo desde ahora para siempre, que enviéis confiadamente a mi casa por todo lo que os haga falta; y si no lo hicieseis así, me parecería muy mal.

Dicho esto, partió con los que le acompañaban y se volvió al castillo.

Entonces San Francisco mandó sentar a sus compañeros y los instruyó en la forma y manera de vida que debían observar ellos y cuantos quisiesen vivir religiosamente en los eremitorios. Y, entre otras cosas, les inculcó en especial la guarda de la santa pobreza diciendo:

–No miréis tanto el caritativo ofrecimiento de Orlando, que vayáis a ofender en lo más mínimo a nuestra dueña y señora la pobreza. Tened por cierto que, cuanto más huyamos nosotros de la pobreza, más huirá el mundo de nosotros y más necesidades padeceremos; pero, si nos abrazamos estrechamente a la santa pobreza, el mundo nos buscará y nos alimen-

tará copiosamente. Nos ha llamado Dios a esta santa Religión para salvación del mundo, y ha puesto este pacto entre él y nosotros; que nosotros demos al mundo buen ejemplo, y que el mundo nos provea en nuestras necesidades. Perseveremos, pues, en la santa pobreza, porque es camino de perfección y prenda y arras de las riquezas eternas.

Y después de otras muy hermosas y devotas consideraciones y enseñanzas sobre esta materia, concluyó diciendo:

—He aquí ahora el método de vida que he determinado para mí y para vosotros: como me voy acercando a la muerte, quiero estar a solas, para recogerme en Dios y llorar en su presencia mis pecados. Fray León me traerá, cuando le parezca, un poco de pan y agua; y por ningún motivo permitáis que se llegue a mí ningún seglar, sino que les responderéis vosotros por mí.

Dicho esto, les dio la bendición y se fue a la celda del haya. Los compañeros quedaron en aquel lugar con firme propósito de observar lo mandado por San Francisco.

De allí a pocos días, estando San Francisco al lado de dicha celda, mirando la disposición del monte y admirándose de las grandes hendiduras y aberturas de aquellos enormísimos peñascos, se puso en oración y le fue revelado por Dios que aquellas hendiduras, tan asombrosas, se habían hecho milagrosamente al tiempo de la pasión de Cristo, cuando, según dice el Evangelista, se rompieron las piedras. Y quiso Dios que esto sucediese de modo especial en el monte Alvernia, para significar que allí se había de renovar la pasión de Jesús en el alma de San Francisco por el

amor y la compasión y en el cuerpo con la impresión de las Llagas.

Luego que recibió esta revelación, se recogió inmediatamente en sí mismo y se aplicó a meditar el misterio que encerraba. Desde entonces comenzó a gastar con más frecuencia las dulzuras de la divina contemplación estándose en oración continua, en la que muchas veces era arrebatado en Dios, de modo que los compañeros le veían corporalmente levantado de la tierra y arrobado fuera de sí. En estos raptos de la contemplación le revelaba Dios no sólo las cosas presentes y futuras, sino aún los secretos pensamientos y deseos de los frailes, como lo experimentó aquel mismo día su compañero, fray León.

Estaba éste combatido de una gravísima tentación, no carnal sino espiritual y le vino gran deseo de tener alguna oración devota, escrita de mano de San Francisco, pensando que, si la tuviese, desaparecería la tentación en todo o en parte; pero, por vergüenza o por respeto, no se atrevía a decírselo; mas lo que fray León no le dijo, se lo reveló el Espíritu Santo. Llamóle, pues, San Francisco, hizo que le trajese tintero, pluma y papel, escribió de su mano una alabanza de Cristo, conforme al deseo de fray León, puso en ella la letra Tau o sea una cruz y le dio el papel diciendo:

–Toma, hermano carísimo, y guárdalo bien hasta la muerte. Dios te bendiga y te guarde de toda tentación. No te desanimes porque te vengan tentaciones; pues así te tengo por más siervo y amigo de Dios y, cuando más combatido seas de ellas, más te amo. Te digo de verdad que ninguno se debe tener por perfecto amigo de Dios hasta que haya pasado por mu-

chas tentaciones y tribulaciones.

Recibió fray León este escrito con suma devoción y fe, e inmediatamente desapareció toda la tentación. por lo cual fue a contar a sus compañeros con grande alegría el bien que le había hecho Dios, al recibir aquel escrito de mano del Santo; y cerrando y guardando cuidadosamente esta cédula, hicieron después los frailes, por medio de ella, muchos milagros.

De allí en adelante, fray León, con mucha sencillez e intención buenísima, comenzó a espiar y observar solícitamente lo que hacía San Francisco, mereciendo por su pureza verlo en muy repetidas ocasiones arrobado en Dios y levantado del suelo, alguna vez hasta la altura de tres brazas, otra hasta la de cuatro, tal vez hasta la cima del haya y, en alguna ocasión, lo vio tan alto y rodeado de tanto esplendor, que apenas le podía divisar. Y ¿qué hacía este sencillo fraile cuando veía a San Francisco levantado a tan poca altura que le podía tocar? Se le acercaba despacio, le abrazaba y besaba los pies y decía derramando lágrimas:

—Señor, ten misericordia de mí pecador, y dame tu gracia por los méritos de este santo hombre.

Una de las veces que estuvo bajo los pies de San Francisco sin poder tocarle por lo mucho que se había levantado, vio bajar del cielo una cédula que vino a posarse sobre la cabeza del Santo; tenía escritas, con letras de oro, estas palabras: "aquí está la gracia de Dios"; y, en leyéndola, la vio volver al cielo. En virtud de esta gracia no sólo fue arrebatado en Dios San Francisco, sino que también era confortado con visiones angélicas. Estaba una vez pensando en su

muerte y el estado en que vendría a quedar su Orden cuando él faltase, y decía:

—Señor, ¿qué será después de mi muerte de esta tu pobrecilla familia que por tu benignidad me has encomendado a mí pecador?, ¿quién la confortará?, ¿quién la corregirá?, ¿quién te pedirá por ella?

Y diciendo otras semejantes palabras, le apareció un ángel enviado por Dios para consolarlo, y le dijo:

—Te aseguro, de parte de Dios, que la profesión de tu Orden no faltará hasta el día del juicio. Ninguno, por gran pecador que sea, dejará de hallar misericordia en Dios, si ama de corazón a tu Orden. Nadie, que por malicia la persiga, podrá vivir largo tiempo; y ninguno que sea muy pecador, podrá perseverar mucho en ella, si no enmienda su vida. No te aflijas, si ves en tu Religión algunos frailes que no son buenos ni guardan la Regla como deben; y no pienses que por esto la Religión venga a faltar, porque habrá siempre muchísimos que observarán con perfección la vida del Evangelio de Cristo y la pureza de la Regla, y éstos, inmediatamente después de la muerte, entrarán en la vida eterna sin pasar por el purgatorio; otros la observarán, aunque no perfectamente, y serán antes purificados en el purgatorio, pero el tiempo de su expiación lo dejará Dios a tu cuidado. Mas, de los que no guarden nada la Regla, no te cuides, dice Dios, porque tampoco él se cuidará.

Dichas estas palabras, desapareció el ángel dejando a San Francisco muy confortado y consolado.

Al acercarse la fiesta de la Asunción de la Virgen, San Francisco buscó lugar más retirado y secreto para pasar a solas la cuaresma de San Miguel Arcángel, que

comenzaba en dicha fiesta. Con este designio llamó a fray León y le dijo:

–Ve y ponte a la puerta del oratorio de los frailes y, cuando yo te llame, vienes.

Fue fray León a ponerse en la puerta. San Francisco se alejó un trecho y llamó con voz fuerte. Oyéndolo fray León, acudió al llamamiento, y San Francisco le dijo:

–Hijo, búsquemos otro lugar más secreto, donde no me puedas oír cuando te llame.

Vieron al lado meridional del monte un lugar oculto y bien a propósito para su intento; pero no se podía llegar allí a causa de una hendidura horrible y espantosa que había en un peñasco. Con mucho trabajo atravesaron encima un madero a modo de puente, y pasaron a la otra parte. Después mandó el Santo llamar a los otros frailes, les dijo que intentaba pasar allí a solas la cuaresma de San Miguel y les pidió que le hiciesen una celdita de modo que, aunque gritase, no le pudiesen oír. Cuando estuvo hecha, les dijo:

–Id a vuestro sitio y dejadme estar solo; porque, con la ayuda de Dios, pienso hacer esta cuaresma sin ningún ruido ni distracción de ánimo; por eso no vengáis aquí. Pero tú, fray León, vendrás una vez al día a traerme un poco de pan y agua, y otra de noche a la hora de maitines, y entonces vienes silenciosamente y, al llegar a la entrada del puente, dices: *Domine labia mea aperies* (1); y si yo te respondo, pasas y entras en la celda y decimos juntos los maitines;

(1) Según los *Actus*, San Francisco debía responder: *Et os meum annuntiabit laudem tuam.*

pero, si no te respondo, te marchas inmediatamente.

Decía esto San Francisco, porque a veces estaba tan arrobado en Dios, que no percibía nada por los sentidos. Después, San Francisco les dio la bendición y se volvieron a su lugar.

Llegando la fiesta de la Asunción, San Francisco comenzó la santa cuaresma con muy rigurosa abstinencia y austeridad, macerando el cuerpo y confortando el espíritu con ferviente oración, vigilias y disciplinas; y con estos ejercicios, creciendo siempre de virtud en virtud, preparaba su alma para recibir los secretos e ilustraciones divinas, y el cuerpo para las crueles batallas con los demonios, con los que muchas veces combatía sensiblemente.

Entre otras ocasiones, un día de aquella cuaresma, habiendo salido de la celda San Francisco muy enfervorizado para orar allí cerca en la concavidad de un peñasco situado a grandísima altura al borde de un espantoso precipicio, vino repentinamente el demonio con aspecto terrible y con tempestad y estruendo grandísimo, y lo empujó para precipitarlo al profundo. No teniendo San Francisco por dónde huir, y no pudiendo soportar el aspecto ferocísimo del demonio, se volvió rápidamente hacia la peña, encomendándose a Dios y buscando con las manos a qué agarrarse; y el Señor, que no permite que sus siervos sean tentados sobre sus fuerzas, hizo el milagro de que la piedra, a que se arrimó, cediese ajustándosele al cuerpo y recibiéndolo en sí, como si hubiera puesto las manos y la cara en cera líquida, de suerte que dejó el Santo estampada en la piedra la huella y forma de cara y manos, y se libró del demonio con

la ayuda de Dios.

Pero, lo que el demonio no pudo lograr entonces con San Francisco, cuando pretendió despeñarlo, lo hizo bastante después de la muerte del Santo con un devoto fraile suyo, que estaba colocando en aquel mismo sitio algunos maderos, para que, sin peligro, se pudiese pasar por devoción al Santo y al milagro hecho allí. El demonio empujó a este fraile cuando tenía sobre la cabeza un gran madero que quería colocar, y lo derribó de allí abajo con el madero a la cabeza (1). Más el Señor, que había librado y preservado de caer a San Francisco, por los méritos de éste libró y preservó del daño de la caída al devoto fraile; porque, al caer, se encomendó a voces con gran devoción a Dios y a San Francisco, el cual se le apareció al instante y, tomándolo, lo posó abajo sobre las piedras sin herida ni golpe alguno.

Los otros frailes que oyeron el grito del que caía, creyendo que estuviese muerto y hecho pedazos, por haber caído sobre aquellas piedras agudas, tomaron el féretro con gran dolor y llanto y fueron por la otra parte del monte para traer los pedazos de su cuerpo y darles sepultura. Y habiendo bajado ya del monte, les vino al encuentro el fraile que había caído; traía a la cabeza el mismo madero y venía cantando el *Te deum laudamus.* Mucho se admiraron los frailes, pero él les contó por orden todas las circunstancias de la caída, y cómo San Francisco lo había salvado. Todos lo acompañaron al convento cantando el

(1) Mide este precipicio 38,20 metros; el hecho acaeció el año 1273 con el beato Francisco de Malefizi de Florencia.

Te Deum, y alabaron y dieron gracias a Dios y a San Francisco por el milagro hecho con su hermano.

Volvamos a lo comenzado acerca de San Francisco.

Prosiguiendo éste la cuaresma, como se había dicho, aunque sostenía muchas batallas con los demonios, también recibía muchos consuelos de Dios y visitas de ángeles y aún de las aves del bosque. Porque mientras duró la cuaresma, venía todas las noches a despertarle, antes de maitines, un halcón que tenía el nido allí cerca, y no cesaba de gritar y batir sus alas contra la celda, hasta que San Francisco se levantaba para rezar maitines; y cuando el Santo estaba más cansado, débil y enfermo, el halcón, a manera de persona discreta y compasiva, lo despertaba más tarde. Este reloj causaba gran placer a San Francisco, porque la diligencia del halcón alejaba de él la pereza y lo estimulaba a orar, y aún alguna vez se estaba acompañándolo por el día.

Finalmente, por lo que hace a esta segunda consideración, hallándose San Francisco muy postrado de fuerzas, tanto por la mucha abstinencia como por los combates con los demonios, y queriendo fortalecer el cuerpo con el manjar espiritual del alma, se puso a pensar en la excesiva gloria y gozo que tienen los bienaventurados en el cielo, y pidió a Dios que le concediese probar un poco de aquel gozo. Estando con este pensamiento, se le apareció un ángel muy resplandeciente, que traía un violín en la mano izquierda y el arco en la derecha, y mientras el Santo lo miraba estupefacto, pasó una vez el arco sobre el violín hacia arriba. Fue tal la suavidad y dulzura que inundó repentinamente el alma de San Francisco pri-

vándola de toda sensación corporal, que, según dijo después a los compañeros, dudaba no se le saliese del cuerpo, si el ángel continuara moviendo el arco hacia abajo, por no poder soportar tan extremada dulzura.

Esto por lo que atañe a la segunda consideración.

CONSIDERACION III

Cómo le fueron impresas las Llagas a San Francisco

Cuanto a la tercera consideración, o sea la aparición seráfica e impresión de las Llagas, es de advertir que, acercándose la fiesta de la Cruz de Septiembre, yendo una noche fray León a la hora convenida a rezar maitines con San Francisco, al decir a la entrada del puente, como acostumbraba: *Domine labia mea aperies,* no le respondió el Santo. Fray León no se volvió atrás, conforme le tenía mandado, sino que, con buena y santa intención, pasó el puente y entró despacito en la celda y, no hallándolo, pensó que se habría ido al bosque y estaría orando en otro sitio. Salió, pues, afuera y a la luz de la luna lo fue buscando calladitamente por el bosque. Oyó, por fin, la voz de San Francisco y, acercándose más, lo vio de rodillas con la cara y las manos levantadas al cielo, y diciendo con gran fervor:

—¿Quién eres tú, dulcísimo Dios y Señor mío? Y ¿quién soy yo, vilísimo siervo tuyo?

Y repetía siempre estas palabras sin añadir otra cosa.

Muy maravillado fray León, levantó la vista al cielo y vio bajar una hacha de fuego bellísima y muy resplandeciente, que se posó sobre San Francisco, y oía una voz que salía de la llama y hablaba con el Santo, pero fray León no entendía las palabras. Considerándose indigno de estar tan cerca de aquel lugar santo y de aquella aparición admirable, y temiendo además ofender a San Francisco o estorbarle aquel consuelo, si por ventura lo sentía, se retiró poco a poco y esperó a cierta distancia hasta ver el fin.

Mirando fijamente desde allí, vio a San Francisco extender la mano por tres veces a la llama y, después de largo espacio, vio, por último, que la llama se volvió al cielo. Marchóse entonces, seguro y alegre de lo que había visto, y caminando él confiadamente para volver a la celda, oyó San Francisco el ruido que hacía con los pies en las hojas y le mandó que esperase y no se moviese. Obedeció fray León y esperó inmóvil con tanto miedo que, según dijo después a los compañeros, en aquellos momentos hubiera querido más que la tierra lo tragase que esperar a San Francisco, pensando que vendría enojado contra él. Pues fray León ponía sumo cuidado en no ofenderle, para no dar motivo a que por su culpa lo privase el Santo de su compañía. Cuando San Francisco hubo llegado, le preguntó:

–¿Quién eres tú?

–Soy fray León, Padre mío –respondió temblando.

Díjole San Francisco:

–¿A qué has venido aquí, hermano ovejuela? ¿No te he dicho yo que no me andes siguiendo los pasos? Dime, por santa obediencia, si has oído o visto algo.

—Padre —contestó fray León—, te oí hablar y decir muchas veces: ¿quién eres tú, dulcísimo Dios mío, y quién soy yo, vilísimo gusano e inútil siervo tuyo?

Y arrodillándose fray León delante de San Francisco, le confesó su culpa por haber desobedecido, y le pidió llorando que le perdonase. Después le suplicó devotamente que le explicase las palabras que él no había entendido.

Viendo San Francisco cómo Dios había concedido al humilde fray León, por su sencillez y pureza, que viese algunas cosas, condescendió en manifestarle lo que pedía, y le dijo:

—Has de saber, ovejuela de Jesucristo, que cuando yo decía aquellas palabras que has oído, se presentaban a mi alma dos luces: una de la noticia y conocimiento del Criador y la otra del conocimiento de mí mismo. Cuando yo decía "¿quién eres tú, dulcísimo Dios mío?" contemplaba y veía en una luz el abismo de la divina bondad y la sabiduría y poder de Dios; y cuando decía "¿quién soy yo...?" tenía otra luz de contemplación con la que veía la profundidad deplorable de mi vileza y miseria; y por eso decía "¿quién eres tú, Señor de infinita bondad, sabiduría y poder, que te dignas visitarme a mí, que soy un gusano abominable?". En la llama que tú veías, estaba Dios que me hablaba en aquella forma, como habló antiguamente a Moisés. Entre otras cosas que me dijo, me pidió que le ofreciese tres dones; y le respondí: "yo soy todo tuyo, bien sabes que no tengo más que la túnica, la cuerda y los paños menores, y aún estas tres cosas son tuyas, ¿qué puedo yo, pues, ofrecer y dar a tu majestad?".

Entonces me dijo Dios: "busca en el seno y ofréceme lo que halles". Busqué y encontré una bola de oro y se la ofrecí a Dios. Así hice tres veces, porque las tres me lo mandaba Dios, y después me arrodillé otras tres bendiciéndole y dándole gracias, porque me había dado qué ofrecerle. Inmediatamente se me dio a entender que aquellos tres dones significaban la santa obediencia, la altísima pobreza y la hermosísima castidad, que Dios me ha concedido por su gracia observar tan perfectamente que de nada me reprende la conciencia. Y como Dios me había puesto en el seno las tres bolas de oro, que significaban las dichas tres virtudes, y me viste ofrecérselas, así también puso en mi alma esta otra virtud que, por todos los dones y gracias que su santísima bondad me ha concedido, le alabo y engrandezco.

Estas son las palabras que oíste y el levantar tres veces la mano que has visto; pero guárdate, hermano oveja, de andarme observando, vuélvete a la celda con la bendición de Dios y ten buen cuidado de mí, pues de aquí a pocos días hará Dios en este monte cosas tan grandes y maravillosas, que a todo el mundo admirarán, porque hará algunas novedades que jamás hizo a criatura alguna en este mundo.

Dicho esto, se hizo traer el libro de los Evangelios; porque le había sugerido Dios la idea de que, abriéndolo tres veces, le sería manifestado lo que quería hacer de él. Habido el libro, San Francisco se puso en oración y después le hizo abrir a fray León tres veces en nombre de la Santísima Trinidad, y fue Dios servido disponer que las tres veces se le pusiese delante la pasión de Cristo, dándose con esto a entender que,

como había seguido a Cristo en los actos de su vida, así debía seguirle y conformarse a él en las aflicciones y dolores de la pasión, antes de salir de este mundo.

Desde aquel momento San Francisco comenzó a sentir y gustar más copiosamente la dulzura de la contemplación y de las visitas divinas. Entre éstas, tuvo una, como preparación inmediata a la impresión de las Llagas, en esta forma: la víspera (1) de la fiesta de la Cruz de Septiembre, estando San Francisco secretamente en oración en su celda, se le apareció un ángel y le dijo, de parte de Dios:

–Vengo a confortarte y prevenirte que te prepares humildemente para recibir con la mayor paciencia lo que Dios quiere hacerte.

–Dispuesto estoy –respondió– a sufrir pacientemente cualquier cosa que mi Señor quiera hacerme.

El ángel se marchó.

Al día siguiente, o sea el de la Cruz, San Francisco se levantó temprano, antes de amanecer, y se puso en oración delante de la puerta de la celda mirando hacia el Oriente, y oró en esta forma:

–Señor mío Jesucristo, dos gracias te ruego que me concedas antes de morirme. La primera que sienta yo en mi cuerpo y en mi alma, en cuanto sea posible, el dolor que tú, dulcísimo Jesús, sufriste en tu acerbísima pasión; la segunda, que sienta yo en mi corazón, en cuanto sea posible, aquel excesivo amor que a ti,

(1) Dos son en el calendario eclesiástico las fiestas dedicadas a la Santa Cruz: su *Invención,* 3 de mayo, y su *Exaltación,* 14 de septiembre; la víspera aquí mencionada es el 13 de septiembre y el 14 la fecha comúnmente admitida como día de la estigmatización.

Hijo de Dios, te llevó a sufrir voluntariamente tantos tormentos por nosotros pecadores.

Y perseverando largo espacio en esta súplica, entendió, por fin, que Dios lo oiría y que pronto le concedería sentir las dichas cosas, en cuanto fuera posible a pura criatura. Con esta promesa comenzó San Francisco a meditar devotamente la pasión de Cristo y su infinita caridad, y le creció tanto la devoción y el fervor, que se transformaba todo en Jesús por amor y compasión. Y estando así inflamado en esta contemplación, aquella misma mañana vio venir del cielo un serafín con seis alas ardientes y resplandecientes, el cual, con vuelo veloz, se le acercó hasta que el Santo lo pudo distinguir, y vio claramente que tenía la figura de un hombre crucificado, las alas estaban dispuestas de modo que dos se extendían sobre la cabeza, otras dos se desplegaban para volar y las dos restantes cubrían todo el cuerpo. Al verlo San Francisco, quedó sumamente asombrado y embargado a la vez de alegría, dolor y admiración. Le causaba alegría el gracioso aspecto de Cristo, que se le aparecía tan familiarmente y lo miraba tan amablemente; mas por otra parte, viéndolo clavado en la cruz, sentía desmedido dolor y compasión. Además, le maravillaba mucho tan estupenda y no acostumbrada visión, porque sabía que los sufrimientos de la pasión no son compatibles con la inmortalidad del espíritu seráfico. Estando absorto en esta admiración, le reveló el que se le aparecía que, por disposición divina, se le mostraba la visión en aquella forma para que entendiese que no por martirio corporal, sino por incendio espiritual, debía transformarse todo en expresa imagen de Cristo crucificado.

Mientras duró esta aparición admirable, parecía que todo el monte Alvernia ardía con esplendísima llama, que iluminaba los montes y valles de alrededor como si el sol los alumbrase; los pastores que velaban en aquellos países, viendo arder el monte y tanta luz alrededor, tuvieron grande miedo, según contaron después a los frailes, afirmando que había durado la llama sobre el Alvernia más de una hora. Al resplandor de esta luz que penetraba por las ventanas de las casas del país, se levantaron algunos arrieros que iban a la Romagna, cargaron sus bestias, creyendo que ya había salido el sol, y siguiendo luego su camino, vieron después cesar aquella luz y nacer el sol material.

En la referida aparición seráfica, Cristo, que era quien se aparecía, dijo a San Francisco ciertas cosas altas y secretas, que el Santo jamás quiso manifestar a nadie en vida; pero después de su muerte las reveló, como se verá más abajo; las palabras fueron éstas:

—¿Sabes tú —le dijo Cristo— lo que hice contigo? Te he dado las Llagas, que son las señales de mi pasión, para que seas mi portaestandarte. Y como yo bajé al limbo el día de mi muerte y saqué de él todas las almas en virtud de estas mis Llagas, así te concedo que cada año, el día de tu muerte, vayas al purgatorio y libres de él, en virtud de tus Llagas, todas las almas que halles de tus tres Ordenes, Menores, Monjas y Terciarios, y aún las de los que te hubiesen sido muy devotos, y las conduzcas al cielo, para que me seas semejante en la muerte, como lo eres en la vida.

Cuando, después de mucho tiempo y conversación secreta, desapareció esta visión admirable, dejó en el corazón de San Francisco un excesivo ardor de amor

divino, y en su carne una huella e imagen maravillosa de la pasión de Cristo. Inmediatamente comenzaron a verse en las manos y pies de San Francisco las señales de los clavos, como él las había visto en el cuerpo de Jesús crucificado, que se le había aparecido en forma de serafín; de modo que aparecían las manos y pies taladrados por el medio con clavos, cuyas cabezas estaban en las palmas de las manos y en las plantas de los pies (1) fuera de la carne, y las puntas se veían en el dorso de manos y pies retorcidas y manchadas en tal forma que, por el agujero del remache, que sobresalía todo de la carne, se hubiera podido introducir fácilmente el dedo de la mano, como en un anillo; las cabezas de los clavos eran redondas y negras.

Asimismo, en el costado derecho, aparecían los bordes de una herida de lanza, sin cicatrizar, roja y sanguinolenta, por la que fluía muchas veces sangre del pecho de San Francisco y le bañaba la túnica y los paños menores. De ahí que lo advirtieran sus compañeros antes que él lo manifestase; porque, viendo que no descubría las manos ni los pies, y que no los podía fijar en el suelo y cómo, además, le hallaban ensangrentada la túnica y los calzoncillos, cuando se los lavaban, comprendieron claramente que en manos, pies y costado tenía impresa la imagen y semejanza de Cristo crucificado.

---

(1) Fray Tomás de Celano, fray Julián de Espira (*Analecta Bollandiana*, tom. 21, pág. 194) y San Buenaventura, que escribieron cuando vivían los que habían visto y tocado las Llagas, dicen que las cabezas de los clavos estaban en la parte superior de los pies.

Y aunque él se industriaba mucho para esconder y ocultar aquellas gloriosas Llagas tan patentemente impresas en su carne; mas, viendo por otra parte que difícilmente podía encubrirlas a sus compañeros familiares y temiendo, no obstante, publicar los secretos de Dios, estuvo muy perplejo sobre si debía revelar o no la visión seráfica y la impresión de las Llagas. Por fin, estimulado por la conciencia, hizo venir algunos frailes de su mayor confianza y les propuso la duda en términos generales, sin indicar el hecho, pidiéndoles consejo sobre lo que se debía hacer. Estaba entre ellos uno de gran santidad, llamado fray Iluminado, el cual, comprendiendo que San Francisco debía haber visto cosas maravillosas, le contestó:

–Debes saber, fray Francisco, que no para ti solo, sino también para los otros, te muestra Dios alguna vez sus secretos; por eso, con razón, debes temer hacerte digno de reprensión si tienes oculto lo que Dios te mostró para utilidad de otros.

Movido San Francisco de estas palabras, refirió con grandísimo temor todo el modo y forma de la dicha visión, añadiendo que Cristo, el cual se le había aparecido, le había dicho ciertas cosas que él no diría jamás mientras viviese.

Aunque aquellas santísimas Llagas, por ser impresas por Cristo, le daban grande alegría al corazón; sin embargo, para la carne y los sentidos corporales, eran de intolerable dolor. Y así, obligado por la necesidad, escogió a fray León, por más puro y sencillo, y, habiéndole revelado todo el hecho, le dejaba ver, tocar y vendar aquellas santas Llagas y aplicarles algunos lienzos para mitigar el dolor y limpiar la sangre

que manaba de ellas; y cuando estaba enfermo permitía que le mudase estos lienzos con más frecuencia y aun diariamente, excepto desde el jueves por la mañana hasta el sábado por la mañana, que no quería que con ningún remedio ni medicina le aliviase en nada el dolor de la pasión de Cristo, que él llevaba en su cuerpo, en atención a que en ese tiempo nuestro Señor y Salvador fue preso, crucificado, muerto y sepultado por nosotros. Sucedió alguna vez que, cuando fray León le cambiaba la venda de la llaga del costado, San Francisco, por el mucho dolor que sentía al despegar el lienzo ensangrentado, puso la mano en el pecho de fray León, y con este contacto de aquella mano sagrada sentía fray León tanta devoción y dulzura en su corazón, que estaba a punto de caerse desmayado.

Finalmente, por lo que hace a esta tercera consideración, habiendo concluído San Francisco la cuaresma de San Miguel Arcángel, dispuso, por revelación divina, volver a Santa María de los Angeles. Por lo cual llamó a fray Maseo y a fray Angel, y después de muchas palabras y santas instrucciones, les recomendó, con la mayor eficacia que pudo, aquel santo monte, diciéndoles cómo él y fray León debían volver a Santa María de los Angeles. Dicho esto, se despidió de ellos bendiciéndolos en nombre de Jesús crucificado, y, condescendiendo a sus ruegos, les extendió sus santísimas manos, adornadas con aquellas gloriosas Llagas, permitiéndoles que las viesen, tocasen y besasen y, dejándolos así consolados, se separó de ellos y bajó de aquel santo monte.

En alabanza de Cristo. Amén.

CONSIDERACION IV

Milagros hechos después de la impresión de las Llagas

Respecto a la cuarta consideración, se ha de saber que, después que el verdadero amor de Cristo transformó perfectamente a San Francisco en imagen real del Crucificado, habiendo concluído sobre el Alvernia la cuaresma en obsequio de San Miguel, y pasada la fiesta de este santo Arcángel, bajó del monte el hombre angélico Francisco, acompañado de fray León y de un devoto aldeano, de cuyo asno se sirvió, por la dificultad de caminar a pie, a causa de los clavos de los pies.

Luego que bajó del Alvernia San Francisco, como se había extendido en el país la fama de su santidad y los pastores habían divulgado el hecho de haber visto todo el monte inflamado, y que era señal de algún milagro grande que Dios había hecho con él, al oír la gente que el Santo pasaba, todos acudían a verlo, hombres y mujeres, grandes y pequeños, y todos con viva devoción se industriaban para tocarlo y besarle las manos; y no pudiendo él negarse a la devoción del

pueblo, no obstante que llevaba vendadas las palmas de las manos, las cubría también con las mangas, para ocultar mejor las Llagas, y sólo daba a besar los dedos descubiertos.

Pero, por más que él procuraba ocultar el secreto de las santas Llagas, para evitar el aplauso del mundo, quiso Dios manifestar su gloria con muchos milagros, hechos por virtud de las dichas Llagas, especialmente en el viaje del Alvernia a Santa María de los Angeles, y aun después con muchísimos otros obrados en diversos lugares, ya en vida del Santo, ya después de su gloriosa muerte, para descubrir al mundo, con señales claras y evidentes, así la oculta y maravillosa virtud de las Llagas, como la admirable bondad y amor con que Cristo se las había dado milagrosamente. Pondremos aquí algunos de estos milagros.

Al acercarse San Francisco a un pueblo situado en los confines del condado de Arezzo, se le puso delante una mujer que venía llorando, y traía en el brazo un hijo de ocho años, que hacía cuatro se hallaba hidrópico, con tal hinchazón de vientre que, estando derecho, no podía ver los pies. Se lo presentó la mujer y le suplicó que lo encomendase a Dios.

San Francisco hizo primero oración y puso después sus santas manos sobre el vientre del niño, con lo cual se resolvió luego toda la hinchazón, y lo devolvió a su madre perfectamente sano. Ella lo recibió con grande alegría y lo llevó a casa dando gracias a Dios y al Santo; y enseñaba después, muy gustosa, su hijo sano a toda la gente de la comarca que acudía a su casa para verlo.

El mismo día pasó San Francisco por el Burgo del

Santo Sepulcro, y antes que llegase, le salían al encuentro las turbas de aquellas poblaciones, y muchos iban delante de él con ramos de olivo en la mano, diciendo a voces:

–Mirad el Santo; éste es el Santo.

Y por la devoción y deseo que tenían de tocarle, todos se aglomeraban sobre él; pero, como iba con la mente absorta en Dios y arrobado en contemplación, aunque le tocasen, detuviesen o empujasen, como hombre insensible, nada percibía de cuanto hacían y decían en derredor; ni siquiera se dio cuenta de que pasaba por aquel pueblo y país. Y así, cuando ya quedaba atrás la comarca del Burgo y se había vuelto la gente a sus casas, al acercarse a una leprosería que distaba de aquel distrito más de una milla, volviendo en sí el celestial contemplador, como si viniese del otro mundo, preguntó al compañero:

–¿Cuándo llegaremos al Burgo?

Verdaderamente, su alma, absorta y fija en la contemplación de las cosas celestiales, no había sentido nada de las terrenas, ni había advertido la sucesión y variedad de tiempo, lugares y personas. Y esto le sucedió muchas otras veces, según lo comprobaron por experiencia sus compañeros.

Llegó San Francisco aquella tarde al convento de Monte Casal, y había allí un fraile tan cruelmente enfermo y horriblemente atormentado, que su mal más parecía tortura del demonio que enfermedad natural; porque a veces se echaba en tierra con grandísimas convulsiones, arrojando espuma por la boca, ya se contraían todos los miembros de su cuerpo, ya se le distendían o se plegaban o torcían; a veces llegaba

con los talones de los pies a la nuca, se arrojaba hacia arriba y al instante caía de espaldas. Estando San Francisco a la mesa, oyó hablar de este fraile tan extraña e irreparablemente enfermo, y compadeciéndose de él, tomó un trocito del pan que estaba comiendo, hizo sobre él la señal de la cruz con sus santas manos llagada y se lo envió al fraile enfermo. Apenas lo comió, se halló perfectamente sano, y jamás volvió a sentir aquella enfermedad.

A la mañana siguiente envió San Francisco dos frailes de aquel convento a residir en el monte Alvernia, y mandó con ellos al labriego que le había prestado el asno, para que se volviese a su casa. Yendo los frailes con este labrador, al entrar en el condado de Arezzo, los vieron de lejos unos hombres del país y se alegraron mucho creyendo sería San Francisco, que había pasado dos días antes; porque tenían una mujer en peligro de parto hacía ya tres días y se moría sin poder dar a luz, y pensaban ellos recobrarla sana y contenta en cuanto San Francisco pusiese sobre ella sus santas manos. Pero, al acercarse los frailes y ver que no venía San Francisco, sintieron grande tristeza. Mas, aunque no estaba allí el Santo, no faltó su virtud, porque tampoco faltó la fe de ellos. ¡Cosa admirable! La mujer se moría, ya tenía todas las señales de la muerte. Preguntaron a los frailes si traían alguna cosa que hubiese tocado las manos de San Francisco y, pensándolo ellos bien, pronto reconocieron que no había otra cosa que él hubiese tocado sino el cabestro del asno en que había venido. Llévanlo ellos con mucha devoción y reverencia y lo ponen sobre aquella mujer invocando fervorosamente el nombre del Santo y en-

comendándosela con viva fe. Apenas la mujer tuvo encima el dicho ramal, se sintió fuera de peligro y dio a luz con facilidad, gozo y salud.

San Francisco se detuvo algunos días en el referido convento y marchó a la ciudad de Castello. Apenas llegó, acudieron muchos ciudadanos trayéndole una mujer que de largo tiempo estaba endemoniada, y le rogaban humildemente que la remediase, porque alborotaba toda la comarca, ya con aullidos dolorosos, ya con crujidos crueles, ya con ladridos de perro. San Francisco se puso en oración y, luego, haciendo sobre ella la señal de la cruz, mandó al demonio que la dejase, e inmediatamente salió, quedando ella sana de cuerpo y mente.

Divulgóse este milagro en el pueblo, y otra mujer le trajo con grande fe un niño gravemente enfermo de una úlcera maligna, pidiéndole devotamente que tuviese a bien hacerle con sus manos la señal de la cruz. El Santo accedió, tomó el niño, le quitó la venda de la úlcera, le hizo tres veces sobre ella la señal de la cruz, lo vendó de nuevo y se lo devolvió a la madre. Esta lo llevó a la cama para que durmiese, porque era de noche. Cuando fue después a buscarlo, lo encontró sin la venda y, mirándolo, vio que estaba perfectamente sano, como si nunca hubiera tenido mal alguno; en el sitio de la llaga le había crecido la carne, formando una rosa roja, más como testimonio del milagro que como señal de la úlcera, pues le duró toda la vida y muchas veces lo movía a devoción hacia San Francisco que lo había curado.

San Francisco se detuvo allí un mes por los devotos ruegos de la gente y, en este tiempo, hizo muchos mi-

lagros; después siguió su viaje a Santa María de los Angeles con fray León y un buen hombre que le prestó su jumento.

Sucedió que, a causa de los malos caminos y el mucho frío, después de andar todo el día, no pudieron llegar a lugar alguno en que hospedarse y, obligados por la noche y el mal tiempo, se guarecieron bajo un peñasco algo excavado, para repararse de la noche y de la nieve que se les venía encima. Estando así desabrigado y mal cubierto aquel buen hombre, que prestaba el asno, no pudiendo dormir a causa del frío y no teniendo modo de encender fuego, comenzó a quejarse abiertamente de sí mismo, llorando y casi murmurando de San Francisco, que le había traído a tal lugar. Compadecióse de él el Santo, y con fervor de espíritu extendió la mano y se la puso encima. ¡Cosa admirable!, lo mismo fue tocarle con aquella mano taladrada con el fuego seráfico, que desaparecer todo el frío, y tanto calor le entró que le parecía estar inmediatamente a un horno encendido; confortado en alma y cuerpo, se adormeció y durmió toda la noche hasta la mañana entre peñascos y nieve, más profundamente y regaladamente que jamás había dormido en su casa.

Al día siguiente prosiguieron el camino hasta Santa María de los Angeles, y cuando ya se acercaban, levantando fray León la vista hacia el convento, vio una hermosísima cruz de oro en la imagen del Crucificado, la cual iba delante de la cara de San Francisco y cuando éste paraba se detenía también ella, y andando él proseguía ella; era tan resplandeciente, que no sólo le iluminaba el rostro, sino todo el camino alre-

dedor, y duró hasta que el Santo entró en Santa María. En llegando con fray León al convento, fueron recibidos por los frailes con suma alegría y caridad, y, desde entonces, San Francisco moró allí la mayor parte del tiempo restante de su vida. Y continuamente se extendía más por el mundo la fama de su santidad y milagros, no obstante que con profundísima humildad ocultaba, cuanto podía, los dones y favores de Dios, y se llamaba grande pecador.

Maravillándose de esto fray León, comenzó a pensar en sí con simpleza; éste se llama en público gran pecador, siendo grande en la Orden y tan honrado de Dios; pero, en secreto, nunca se confiesa del pecado de impureza, ¿será virgen? Y comenzó a sentir grandísimo deseo de saber la verdad acerca de esto, pero no se atrevía a preguntárselo a San Francisco, y así recurrió a Dios con repetidas súplicas para que se lo diese a conocer y, después de muchas oraciones, mereció ser oído y alcanzó certeza de la virginidad del Santo con esta visión: Vio a San Francisco en un lugar alto y excelente al que nadie podía ir ni llegar, y fuele revelado que aquel encumbrado puesto significaba la excelencia de la castidad virginal del Santo, que de razón convenía a la carne que había de ser adornada con las sagradas Llagas de Cristo.

Viendo San Francisco que a causa de las Llagas le faltaban poco a poco las fuerzas corporales y no podía ya regir la Orden, apresuró la celebración del Capítulo General; y, cuando lo tuvo reunido en pleno, se excusó humildemente delante de los frailes, alegando la impotencia en que se hallaba para atender al gobierno de la Orden; respecto al Generalato, no

lo renunciaba, porque no podía; pues estando nombrado General por el Papa, no podía, sin su expresa licencia, dejar el oficio ni instituir sucesor, pero nombró Vicario suyo a fray Pedro Catáneo, y a él y a los Ministros Provinciales recomendó afectuosamente la Orden con la mayor eficacia que pudo. Después de esto, confortado el Santo en espíritu, levantó los ojos y las manos al cielo, diciendo:

—A ti, Señor Dios mío, encomiendo tu familia que hasta el presente me has tenido encargada y que ahora, por mis enfermedades que tú conoces, dulcísimo Señor mío, ya no puedo cuidar más. La recomiendo también a los Ministros Provinciales, ellos tendrán que darte cuenta, el día del juicio, si algún fraile se pierde por su descuido, o mal ejemplo, o demasiado áspera corrección.

Y hablando él de esta manera, plugo a Dios que todos los frailes del Capítulo entendiesen que se refería a las Llagas, al excusarse con las enfermedades, y todos lloraban con devoción.

Desde entonces dejó todo el cuidado y gobierno de la Orden a su Vicario y a los Ministros Provinciales y decía:

—Ahora que por mi enfermedad he dejado el cargo de la Orden, ya no estoy obligado a más que a rogar a Dios por ella y dar buen ejemplo a los frailes. Y sé bien de cierto que, aunque la enfermedad no me lo impidiera, la mayor ayuda que podría dar a la Religión sería pedir siempre a Dios que la gobierne, defienda y conserve.

No obstante que San Francisco se industriaba cuanto podía, como queda dicho, para ocultar las santísi-

mas Llagas, y después que las recibió andaba siempre con los pies calzados y las manos vendadas, no pudo evitar que muchos frailes, de diferentes modos, se diesen cuenta de ellas y tocasen especialmente la del costado, que con más diligencia procuraba él encubrir.

Un fraile que le servía lo indujo una vez de intento a que se quitase la túnica para sacudirle el polvo, y, al quitarla en su presencia, vio dicho fraile la llaga del costado y, metiéndole apresuradamente la mano en el seno, la tocó con tres dedos y conoció su extensión y profundidad; y de este mismo modo la vio su Vicario. Pero más se aseguró de ella fray Rufino, hombre de grande contemplación, del cual dijo San Francisco que no había en el mundo otro más santo, y por eso lo amaba íntimamente y lo complacía en todo. De tres modos se aseguró fray Rufino y certificó a los otros de las dichas Llagas y en especial de la del costado.

El primero fue que, debiendo lavar los calzoncillos de San Francisco, que eran tan grandes que, llevándolos bien arriba, le cubrían la llaga del costado, los miraba fray Rufino cuidadosamente, y todas las veces los hallaba ensangrentados del lado derecho, conociendo así con certeza que era sangre que le salía de dicha llaga. San Francisco lo reprendía, cuando notaba que los desenvolvía para mirar la sangre.

El segundo modo fue que, frotando una vez parte del cuerpo de San Francisco, intencionadamente deslizó la mano y le metió los dedos en la llaga del costado, con lo cual le causó tanto dolor, que gritó fuertemente:

—¡Dios te perdone, fray Rufino! ¿Por qué has he-

cho eso?

El tercero fue que pidió una vez a San Francisco con mucha insistencia y como un grandísimo favor, que le diese por caridad el hábito que tenía puesto y recibiese, en cambio, el suyo; y condescendiente el caritativo Padre con esta petición, aunque de mala gana, se quitó el hábito y se lo dio, vistiendo luego el de fray Rufino; y, al quitarse el uno y ponerse el otro, vio fray Rufino claramente la dicha llaga.

Vieron también las mencionadas Llagas de San Francisco, fray León y otros muchos frailes; y aunque por su santidad eran hombres fidedignos y bastaban para hacer fe sus simples afirmaciones, sin embargo, para que no quedase lugar a la menor duda, juraron sobre los libros santos que las habían visto claramente. Viéronlas, además, algunos Cardenales que tenían mucha familiaridad con él y, en reverencia de las Llagas de San Francisco, compusieron y escribieron hermosos himnos, antífonas y prosas. El Papa Alejandro, predicando al pueblo en presencia de todos los Cardenales, de los cuales era uno el santo fray Buenaventura, afirmó que él mismo había visto las sagradas Llagas, viviendo aún San Francisco.

Jacoba de Sietesolios, que era en su tiempo la más distinguida dama de Roma y tenía grandísima devoción a San Francisco, se las vio y besó muchas veces con suma reverencia después de muerto; porque, movida de divina revelación, vino desde Roma a la ciudad de Asís para hallarse a la muerte del Santo, y sucedió de esta manera:

San Francisco, días antes de morir, estuvo enfermo en el palacio del Obispo de Asís, y tenía consigo al-

gunos frailes; mas, a pesar de la enfermedad, muchas veces cantaba ciertas alabanzas a Cristo. Un día le dijo uno de los compañeros:

–Padre, tú sabes que esta gente tiene grande fe en ti y te reputan por un santo; pueden imaginarse que, si tú fueras lo que ellos creen, deberías en esta enfermedad pensar en la muerte, y más bien llorar que cantar, pues estás enfermo de tanta gravedad. Mira que tu canto y lo que nos haces cantar a nosotros lo oyen muchos dentro y fuera del palacio, que por causa tuya está guardado (1) con muchos hombres armados, y tal vez podrían recibir mal ejemplo. Por eso creo –añadió el fraile– que harías bien en marcharte de aquí, y volveríamos todos a Santa María de los Angeles, porque no estamos bien aquí entre seglares.

–Hermano carísimo –respondió el Santo–, tú sabes que hace ahora dos años, cuando estábamos en Foligno, nos reveló el Señor a los dos el término de mi vida, que ha de acabar con esta enfermedad de aquí a pocos días; en aquella revelación me dio el Señor certeza del perdón de todos mis pecados, pero después quedé tan colmado de alegría, que no puedo llorar más; y por eso canto y cantaré a Dios que me ha concedido el bien de su gracia y me dio certeza de la gloria del paraíso. En cuanto a marchar de aquí consiento y me agrada, pero buscad algún medio de llevarme, porque con esta enfermedad no puedo andar.

(1) Los de Asís temían cupiese a otra ciudad la suerte de poseer el cuerpo difunto de San Francisco: por eso habían puesto guardias al palacio. El fraile que le habló sería fray Elías.

Entonces los frailes lo tomaron en brazos y lo llevaron acompañándoles muchos ciudadanos; al llegar a un hospital que había en el camino, dijo el Santo a los que lo llevaban:

—Ponedme en tierra vuelto hacia la ciudad.

Y cuando lo pusieron mirando hacia Asís, la colmó de bendiciones, diciendo:

—Bendita seas de Dios, ciudad santa, porque por ti se salvarán muchas almas y en ti habitarán muchos siervos de Dios, y muchos de tus hijos serán elegidos para el reino de la vida eterna.

Dicho esto, se hizo conducir a Santa María de los Angeles y, en llegando, lo llevaron a la enfermería y lo pusieron a descansar. Llamó entonces a uno de los compañeros y le dijo:

—Hermano carísimo, Dios me ha revelado que de esta enfermedad para tal día saldré de esta vida; bien ves que si Jacoba de Sietesolios, devota carísima de nuestra Orden, supiese mi muerte sin haber estado presente, lo sentiría demasiado; y por eso dale a entender que, si me quiere ver vivo, venga inmediatamente.
to que, teniéndote ella tan grande devoción, estaría muy mal que no se hallase a tu muerte.

—Trae, pues —dijo San Francisco—, con qué escribir, y escribe lo que te diga.

Cuando lo hubo hecho, dictó San Francisco la carta de esta manera:

A la Señora Jacoba, sierva de Dios, fray Francisco, pobrecito de Cristo, salud y compañía del Espíritu Santo en Jesucristo Señor nuestro. Sabrás, carísima, que Cristo bendito me ha revelado, por gracia suya,

que el fin de mi vida será presto. Por tanto, si quieres hallarme vivo, en viendo esta carta, ven a Santa María de los Angeles, porque si no llegas antes de tal día no podrás encontrarme con vida, y trae paño de cilicio para envolver mi cuerpo y la cera necesaria para el entierro. Te ruego también que traigas aquellas cosas de comer que solias darme cuando estaba enfermo en Roma.

Mientras se escribía esta carta, le reveló Dios que ya estaba en camino la Señora Jacoba y que traía todo lo que él le pedía, y ya venía cerca del convento. Por lo cual, dijo San Francisco al fraile que no escribiese más, porque no era necesario, y que guardase la carta. Los frailes se admiraron mucho de que no acabase la carta, ni quisiese enviarla. Poco después llamaron fuertemente a la puerta del convento. San Francisco envió al portero para que abriese y, al hacerlo, se halló con la Señora Jacoba, nobilísima dama de Roma, y dos hijos suyos senadores, con grande acompañamiento de hombres a caballo. Entró la dama y se fue derecha a la enfermería hasta llegar a donde estaba San Francisco, el cual recibió con su venida grande alegría y consuelo, y lo mismo ella, viéndolo vivo y hablándole. Ella le refirió, cómo estando en oración, le había revelado Dios que él moriría en breve y que la había de llamar y pedirle aquellas cosas; y añadió que todas las había traído consigo y se las hizo presentar, y le dio de comer.

Cuando el Santo hubo comido y se sintió confortado, se le arrodilló a las plantas esta ilustre Señora y, tomando aquellos pies santísimos, sellados y adornados con las Llagas de Cristo, con tan grande devo-

ción los besaba y bañaba en lágrimas, que a los frailes que estaban alrededor les parecía propiamente ver a la Magdalena a los pies de Jesucristo, y de ningún modo la podían separar de allí.

Por fin, después de mucho tiempo, la llevaron aparte y le preguntaron cómo había venido provista de todas aquellas cosas que eran necesarias al Santo en vida y para después de muerto; y ella respondió que, orando una noche en Roma, oyó una voz del cielo que le dijo: "Si quieres hallar con vida al Santo Francisco, vete a Asís sin tardanza, y lleva contigo las cosas que le solías dar cuando estaba enfermo, y las que se necesitan para la sepultura". "Y yo –dijo ella– así lo hice".

Estuvo, pues, allí esta ilustre Señora hasta que San Francisco salió de esta vida y fue sepultado; y en los funerales le tributó grandísimos honores con todo su séquito y costeó todos los gastos necesarios. Después se volvió a Roma y a poco murió también ella santamente; por devoción a San Francisco eligió (1) sepultura en Santa María de los Angeles y quiso que la llevasen y enterrasen allí, y así se hizo.

A la muerte de San Francisco no sólo la ilustre Señora Jacoba y sus hijos y acompañantes vieron y besaron las gloriosas Llagas, sino también muchos ciudadanos de Asís, entre ellos un caballero muy famoso, llamado Jerónimo, el cual dudaba y se abstenía de creer, como el apóstol Santo Tomás respecto a las de Cristo, y, para asegurarse de ellas y cerciorar a los

---

(1) En italiano: *si giudicó*, fórmula jurídica para expresar la voluntad testamentaria.

otros, atrevidamente movía los clavos de las manos y de los pies delante de frailes y seglares; y pasaba los dedos por la llaga del costado a la vista de todos. Por lo cual era abonado testigo de las Llagas y juró, sobre el libro santo, que eran verdaderas y que él las había visto y tocado.

Vieron, además, y besaron las gloriosas Llagas, Santa Clara y sus monjas, que estuvieron presentes al entierro (1).

Pasó de esta vida el glorioso confesor de Cristo, San Francisco, el año del Señor de 1226, a 4 de octubre (2), sábado, y fue sepultado el domingo, en el año vigésimo de su conversión, o sea desde que comenzó a hacer penitencia, y era el segundo año después de la impresión de las Llagas; y era a los cuarenta y cinco de

---

(1) Sólo un momento, cuando el cortejo, más que fúnebre de triunfo, andando de la Porciúncula a la Iglesia de San Jorge, desvióse y paró en San Damián, donde pudieron las Clarisas, desde la grada, ver, besar y tocar el sagrado cuerpo y aun intentaron sacar un clavo de las Llagas.

(2) Propiamente el día 3 de octubre, según el modo actual de computar los días; pero, en verdad, el 4 para los antiguos, que empezaban el día con el ocaso del sol, precisamente cuando murió San Francisco. Su canonización se celebró el 10 de julio de 1228, y el 25 de mayo de 1230 su sagrado cuerpo fue sacado del sepulcro provisional de la iglesia de San Jorge y trasladado al precioso mausoleo de la doble Basílica, levantada sobre el Collado del Infierno, llamado desde entonces y por varias razones, Collado del Paraíso.

su nacimiento (1).

Después fue canonizado en 1228 por el Papa Gregorio IX, que vino en persona a la ciudad de Asís para canonizarlo.

En alabanza de Cristo. Amén.

Y baste para la cuarta Consideración.

---

(1) Los milagros y sucesos que incluye el autor en las precedentes Consideraciones, son referidos también por fray Tomás de Celano y San Buenaventura; pero algunos corresponden a diferente fecha. Así la primera entrevista de San Francisco con Orlando y la adquisición del Alvernia ocurrió once años antes o sea en 1213, como aparece en documento inserto en el Bulario Franciscano, tomo 4.º, pág. 156. Y lo que aquí se dice de la elección de fray Pedro Catáneo, está copiado en gran parte, casi a la letra, de fray Tomás de Celano (edición del P. Alençon, página 277) y del *Speculum Perfectionis* (v. Capítulo XXIV del Apéndice), pero es de fecha anterior; pues dicho fray Pedro había muerto en 1221, según consta por el epitafio de su sepulcro.

El autor de las Florecitas, como los demás biógrafos de aquellos tiempos, no sigue en sus relatos orden cronológico, atendiendo preferentemente a poner de relieve el carácter y la virtud del Santo del modo más a propósito para comunicar su espíritu a los lectores. La cronología era tenida a veces por confusión. Así San Buenaventura, declara en el prólogo de su Leyenda que "para evitar la confusión no siempre sigue el orden cronológico, sino el que más se adapta a la mejor disposición de las diversas materias".

CONSIDERACION V

De ciertas apariciones a santas personas en confirmación de las Santas Llagas

La quinta y última consideración es de varias apariciones, revelaciones y milagros, obrados por Dios después de la muerte de San Francisco, en confirmación de sus Llagas y para conocimiento del día y la hora en que Cristo se las imprimió.

Por lo que a esto hace, es de saber que el año 1282, el día 8 de octubre (1), fray Felipe, Ministro de la Toscana, por orden del Ministro General fray Buenagracia, requirió por santa obediencia a fray Mateo de Castiglione Aretino, hombre de gran devoción y santidad, para que declarase lo que supiese acerca del día y hora en que Cristo imprimió las sagradas Llagas en el cuerpo de San Francisco, por tener entendido que le había sido revelado al dicho fray Mateo; y obligado éste por santa obediencia, respondió así:

–Morando yo de familia en el monte Alvernia, el

(1) En todos los manuscritos de las *Consideraciones* se omite el día; pero se halla en el texto latino, como puede verse en *Archivum*, XII, págs. 391-393.